

# REVISTA MODERNA

## ARTE Y CIENCIA.

DIRECTOR: JESUS E. VALENZUELA.

ADMINISTRADOR: G. DE LA PEÑA.



Para Jesús E. Valenzuela.

Sopla el Endecasilabo en su dura  
Trompeta, y el Guerrero hace su entrada  
En la liza, embrazando la ferrada  
Rodela y oprimido en su armadura.

El generoso ardor de su montura  
Excita con el freno y la dorada  
Espuela, y empuñando la pesada  
Tizona, en los estribos se asegura.

Bajo el sol que repuja su luciente  
Casco, afloja la brida de su ardiente  
Palafrén que se lanza á la carrera,

Y después de la lid, muestra el valido  
Justador la hermosura de un garrido  
Príncipe al levantarse la visera.

EFRÉN REBOLLEDO.

## EL REY DE COPAS.

El viejo Rey estaba alegre como castañuela. Se había bebido un buen trago para matar el gusanillo, y de pie sobre el quicio de su barbería contemplaba la luz del sol que subía radiante en el cielo. El aroma de las campiñas florecientes saturaba sus roídos pulmones con fluido de vida, y sus tos de viejo bronquítico se dejaba oír de tiempo en tiempo casi sonora, como un lujo de su gastado organismo rejuvenecido por la primavera.

Aquel día no amenazó encolerizado al oír á los chiquillos de paso para la escuela:

—¡Salud, Rey.... de Oros!

—¡Buen día, Rey.... de Burlas!

—¡Ave, Rey.... de Copas!

Esta última salutación era la que le crispaba los nervios, pues bien sabido es que el viejo Rey, en cuanto cerraba la barbería á las doce, rodaba por las tabernas del pueblo hasta quedarse dormido hecho una uva. Pero aquella mañana sentíase alegre con el suave calor de su *mañanita* de mezcal, despertaba efímera su vieja alegría, y escuchaba la canción de los pájaros mecido en su ensueño lejano....

De pronto se oyó un tropel, y frescas voces varoniles gritaban:

—¡Por aquí!... Almorzaremos antes de seguir... Y una cabalgata de charros, brillantemente enjaezada, dobló la esquina y pasó en turbión. Uno de los jinetes volvió el rostro, y viendo el rótulo del flebotomiano, exclamó:

—¡Hola! Un salón de aseo!..... Yo me afeito mientras ustedes almuerzan, y si me tardo, los alcanzo en el camino....

—¡Que no tardes!—le gritaron, en tanto que el viajero se dirigía al viejo Rey:

—¿Puede el tío despachar?

—Andando el amo!—respondió el viejo, contento de su fortuna; y después de que el viajero ató el cabrestante de su caballo á una celosía, penetraron al cuartucho.

—¿Va su merced á afeitarse solamente?

El viajero consultó su reloj y dijo:

—El pelo y la barba... ¿Entiendes tu oficio?... Voy á una fiesta en la hacienda de Peotillos y quiero presentarme bien.... No tuve tiempo de arreglarme en la ciudad....

—¡Quedará el amo satisfecho!... Sólo que....—dijo midiendo la bizarra postura del cliente—mis navajas están mal afiladas y tendrá el señor que esperar un momento á que afile bien una....

El viajero, que se había descubierto instalándose en el sillón sobre el que el viejo Rey había extendido una gran toalla limpia, se sintió contrariado; pero su presunción triunfó de su impaciencia, y chasqueando los dedos ordenó imperativo:

—Pues date prisa, viejo!—Y en tanto que el barbero echaba á girar su mollejo, Julián Fernández,

el hermoso calavera que ya peinaba los cuarenta, púsose á inspeccionar los cromos sucios que decoraban la barbería: panoramas de batallas, paisajes de nieve, bustos de emperadores y guerreros.... de improviso llamó su atención un óleo marquetado en roble; era una muchacha morena, de soñadores ojos negros, crenchas oscuras cayendo á los lados del busto fuerte y bello. Fijóse más y descubrió cierta semejanza en un recuerdo suyo, comparó, levantóse sañado y sorprendido, acercóse al óleo y estudiándolo murmuró á media voz:

—¡Diablo, diablo!... sí.... pero no!... ó el pintor era un artista que copió al natural á Lupe Rey, ó la casualidad quiere jugarme una broma!

Y volviéndose al viejo:

—Sabes, tío, que te compro ese cuadro?

El viejo había observado placentero la curiosidad del desconocido; pero al oír su soliloquio suspendió su tarea, y al escuchar el nombre de Lupe Rey, sintió una conmoción espantosa. Palideció profundamente, mas fustigó su voluntad poderosa, y riendo como reiría un tigre, adelantóse jovialmente haciendo la corte al desconocido:

—Como su merced quiera! El cuadro es suyo... sólo que.... sólo que....—añadió con una seña que indicaba un buen precio.

El viajero tuvo un sobresalto:

—¿Cómo te hiciste de ese cuadro? Es un retrato, verdad?

El viejo sobresaltóse más aún; pero tranquilamente:

—Lo compré un día de feria en la ciudad....—dijo—pero he oído decir que vale.... que el cuadro es de mérito.... se han interesado por él y quiero venderlo bien.

Julián Fernández, sereno entonces de su vago perturbamiento, añadió mientras volvía á instalarse en el sillón:

—Bien! El cuadro es mío; tú pones el precio! Y seguro de adquirirlo por poco dinero, que para el viejo sería mucho, dió rienda suelta á su verbosidad de aventurero ante la sagaz impertinencia del viejo que lo había halagado como serpiente fascinadora:

—¡Ah, mi amo!... Se conoce que á su merced le gustan las lindas mozas!... Y esa, si es retrato, debe ser una real hembral.... Fresca como una flor.... y unos ojos.... y una boca.... y unos hombros.... y unos cabellos.... ¡Cuenta! cuenta, mi amo, si ha conocido cosa igual!—Agregó entusiasmado al ver que Julián sonreía, con su sonrisa cínica de mujeriego que encuentra auditor para relatar una aventura.

—Te diré: esa muchacha se parece como una gota de agua á cierta Lupe Rey—¡de esto hará unos veinte años!—una potosina que conocí en un barrio de San Luis. Preciosa muchacha! Diez y seis años,

linda como una onza, con unas caderas, unos pechos y una boca, ¡qué boca! era una fruta que yo mordía con deleite al gozar los soberanos dones de la hermosa! . . .

Mientras Julián hablaba, enervado con la fruición de la jabonadura fresca sobre su rostro ardiente, el viejo escuchaba con avidez, sin dejar su sonrisa satánica, veteados los ojos ictericos por venas sangrientas. ¡Dios de Dios! Era su historia. La historia desgarradora de su vida. Su hija única mancillada y robada y arrojada al vicio por un señor dueño de vidas y haciendas! El deshonor y la infamia entrando en su casa como hienas aullantes, para cebarse en su pobre corazón de padre, matando de dolor á su esposa, matando de crápula á su hija! . . . Y aquel seductor, en sus manos, á su voluntad, exacerbaba su llaga urente en el fondo de su alma, recrudeciéndola con su delación minuciosa, avivando recuerdos torturadores, enloqueciendo la eterna sed de sangre y venganza del viejo Andrés Rey, el infeliz soldado que no pudo hallar en la guerra la muerte, pero que la encontró para su corazón, en su hogar deshecho durante su ausencia.

El viejo había regresado desconocido y se había instalado cerca de las posesiones de Julián Fernández, á quien sólo conocía de nombre por viajar casi siempre, atisbando el momento precioso de caer inexorable sobre el seductor, que no sospechaba la existencia de un viejo barbero ebrio á quien el pueblo apodaba *Rey de Copas*. Y ahora que Andrés Rey tenía en sus manos á Julián Fernández, el mismo, joven aún, dichoso, poderoso, señor en placeres y fiestas, sentía una alegría inexplicable, una alegría de gastrónomo ante un manjar exquisito,

presto á saciar su hambre, á acariciar sus dientes con su calor deleitoso de carne viva, á acariciar su paladar con el sabor sávido de la más dulce y embriagante de las venganzas!

Esmerabáse el viejo en mondar de la corteza de la barba negra y sedosa aquel cuello sano y pletórico de vida; descubría cuidadosamente la yugular y la carótida, no quería que su navaja tropezara con el menor obstáculo exterior, y tenía que dominar con voluntad inaudita el temblor de sus manos febriles. . . .

Dos hombres se presentaron á la puerta y quisieron entrar á la barbería. El viejo los vió en el espejo y volviéndose frenético gritó:

—¡Largo de aquí! Estoy sirviendo á un gran señor!

Y tornando á Julián, que sonreía orgulloso de aquel arrebatado adulador, luchaba con negras ideas que infernaban el momento supremo de su venganza. ¡Le delatarían, le aprehenderían, no tendría tiempo de huir, la justicia inexorable caería sobre su cabeza maldita y no podría sobrevivir para saborear largos años su ventura de vengador!

. . . . ¿Y qué era la vida después de vengado?

Preparóse para el golpe supremo; plegó su rostro patibulario la más demoniaca de las sonrisas, y pidiendo permiso á Julián para quitar un lunar de vello que había quedado sobre su cricoide, puso en tensión los músculos del cuello de su víctima, echando atrás su cabeza, y con un grito ahogado que surgió del fondo de sus entrañas, á tiempo que asía á Julián de los cabellos, aulló á su oído en un paroxismo de rabia:

—¡Esa Lupe Rey era mi hija!

Y le separó la cabeza de un golpe.

RUBÉN M. CAMPOS.

---

## “MEXICO MILITAR.”

---

Hemos recibido los dos primeros números de este importante quincenal, escrito por distinguidos militares técnicos y por literatos de reconocido mérito é ilustrado con buenos grabados.

La nueva revista militar será de gran utilidad práctica para el ejército y para la juventud que estudia la ciencia de la guerra.

Los estudios que contiene de táctica, organiza-

ción y crítica de la guerra moderna, son interesantes y próximamente nos ocuparemos de ellos con la detención que merecen.

Por ahora saludamos la aparición de la nueva revista militar, publicada bajo los auspicios del Ministerio de la Guerra, y felicitamos á la redacción del importante quincenal.

---



## A SOLAS.

¡Lánguido sueño de placer que tiendes  
 sobre mi frente tus temblantes alas!  
 ¡Cándida imagen que en mi pecho enciendes  
 fuego de amor con tus virgíneas galas!  
 ¡Acércate! . . . Mi boca  
 vibra al impulso de ardorosos besos  
 y ni el extremo de tus alas toca!  
 ¡No te alejes! ¡Acércate! Infinita  
 ansia de amor el corazón aqueja.  
 ¡Ven! y en el pecho que por tí palpita  
 un sólo rayo de esperanza deja! . . .  
 Yo he soñado contigo en las calladas  
 horas de amor bajo el nocturno velo  
 y he visto tus eróticas miradas  
 ofuscar las estrellas en el cielo.  
 Yo he sentido tu aliento perfumado  
 exhalarse del cáliz de las flores;  
 y en alas de la brisa trasportado,  
 ir por el aire murmurando amores.  
 Nacer mecida por las dulces frondas  
 te he visto en la laguna,  
 rizando apenas las risueñas ondas  
 que al levantar tu vuelo te cantaban;  
 y á tus pies encorvándose la luna,

ir besando tus huellas,  
en tanto que tu frente coronaban,  
pálidas las estrellas.  
Te he seguido en la tierra sonriente  
tendiéndome los brazos: parecía  
que de amores la llama refulgente,  
como en mi pecho, en tu mirada ardía,  
Cerca, muy cerca ya de tí, mi mano  
iba á tocar tu blanca vestidura,  
iba á palpar la morbidez pagana,  
incomparable y pura,  
de tus correctas formas. . . . Soberano  
placer el alma me embargaba, apenas  
mi ardiente sangre contener podían  
sin estallar, mis abrasadas venas.  
¡Besar tus labios! ¡Respirar tu aliento!  
Sentir el pensamiento  
huir, arrebatado en el torrente  
que crece y se dilata  
del más bello y profundo sentimiento!  
¡Sentirse libre de los férreos lazos  
que el huracán de la pasión desata!  
¡Trémulo ver el porvenir delante,  
que de rodillas con placer ofrece  
el cáliz de la dicha palpitante. . . . !  
¡Virvir en un instante  
toda una larga vida  
y luego en honda y destructora calma,  
aniquilarse el alma,  
ella misma en cenizas convertida!  
¡Vana ilusión! Irrealizable anhelo!  
Cuando á tocarte voy, alzando el vuelo,  
vas á perderte en el sidéreo coro;  
y es ¡ay! del ether impalpable el velo,  
sepulcro azul de mis ensueños de oro.

JESÚS E. VALENZUELA.



## DE LA INFLUENCIA EN LITERATURA.

(CONFERENCIA DADA EN LA LIBRE ESTÉTICA).

(CONCLUYE).

Montaigne en su frecuentación de los antiguos, se compara á las abejas que «toman de aquí y allí á las flores; pero que después hacen miel, que es obra propia de ellos, y deja de ser ya mejorana ó tomillo.»—No, es Montaigne puro y tanto mejor.

Señoras y señores:

Me había prometido hacer la apología del influenciador, después de la del influenciado; ahora ya lo creo útil. La apología del influenciador es la del grande hombre. Todo espíritu grande es un influenciador. Como artista, sus escritos ó sus cuadros, sólo son una parte de su obra, su influencia la explica y la continúa. Descartes no es únicamente el autor del *Discurso del Método*, del *Dióptrico* y de las *Meditaciones*, es también el autor del Cartesiano. Algunas veces la influencia del hombre es más importante que su obra; otras se desprende de él y sólo parece seguirle de lejos, tal es á través de varios siglos de inacción, la de la *Poética* de Aristóteles sobre el siglo XVII francés. Otras, en fin, la influencia es la obra única, como sucedió con esas dos figuras únicas, que apenas me atrevo á citar: *Sócrates* y *Cristo*.

Mucho se ha hablado de la responsabilidad de los grandes hombres.

No se ha reprochado tanto al Cristo, todos los mártires que hizo el Cristianismo, porque estaba ligada al martirio la idea de salvación, como se reprocha hoy á tal ó cual escritor el estruendo, trágico algunas veces de sus ideas.

Después de Werther y por Werther, dícese que hubo una epidemia de suicidios. Lo mismo sucedió en Rusia, después de la publicación de un poema de Lermontof.

«Después de leer este libro, decía Mme. de Sevigné, hablando de las Máximas de La Rochefoucauld, sólo queda el partido de matarse ó de convertirse al Cristianismo.» Decía eso, seguramente porque creía que no habría nadie que prefiriese matarse á convertirse. Aquellos á quienes la literatura ha matado, creo que llevaban ya la muerte en ellos mismos; aquellos á quienes la literatura convierte al Cristianismo, estaban admirablemente preparados para ello. La influencia no crea nada, despierta.

Pero me cuidaré bien, de querer disminuir la responsabilidad de los grandes hombres; por su pro-

pia gloria, hay que creerla muy pesada y de espantosa posibilidad.

No sé, sin embargo, que haya hecho retroceder á ninguno de ellos.

Por el contrario, todos quieren asumirla mayor; y hacen en su derredor, que se crea ó no, un consumo formidable de vida.

Pero no siempre es la necesidad de dominar lo que los guía. En el artista, con frecuencia, la sumisión que de otro obtiene obedece á causas muy diferentes. Pocas palabras podrían reasumirlas: *no se basta á sí mismo*. Le atormenta la conciencia que tiene de la importancia de la idea que carga. Es *responsable* y lo siente. Esa responsabilidad le parece la más importante; la otra vendrá después. ¿Qué puede? Sólo, se desborda; no le bastan sus cinco sentidos para palpar el mundo; ni las veinticuatro horas del día para vivir, pensar y expresarse.

No bastan, lo siente. Necesita adjuntos, substitutos y secretarios. «Un grande hombre, dice Nietzsche, no tiene solamente su espíritu, sino también el de sus amigos.» Cada amigo le prestará sus sentidos, más aún, vivirá para él. El se hace centro; mira y aprovecha todo. El influencia, otros vivirán, representarán para él sus ideas y arriesgarán el peligro de experimentarlas en lugar suyo.

Es difícil algunas veces, hacer la apología de los grandes hombres. No quiero decir con eso, que apruebo *eso*; digo solamente que sin *eso*, el grande hombre no es posible; quizá algunos prefieran entonces, que no haya grandes hombres; pero yo no prefiero tal cosa; eso es cuestión de gustos. Si quisieran hacer obras sin influenciar, desde luego estarían mal informados, no habían podido ver operar sus ideas. He ahí por qué he tenido cuidado de hacer la apología de los influenciados. Ahora puedo atreverme á decir que son indispensables á los grandes hombres.

Señoras y señores:

Os he dicho ya, poco más ó menos, lo que quería deciros. Quizá las pocas ideas que he intentado exponer aquí, os hayan parecido paradójicas ó falsas. Sin embargo, me consideraré satisfecho, si para protestar contra ellas, haya podido hacer nacer en vos; despertar, quiero decir, algunas ideas que juzguéis justas y bellas. Y eso podría llamarse la influencia por reacción.

Bruselas, Marzo 29 de 1900, (*L'Ermitage*).

Trad. de *Revista Moderna*.

ANDRÉ GIDE.

## NO TE VAYAS, ALMA EN FLOR....

---

Alba plena, dulce y buena,  
 alba plena que serena  
 la aflicción de mis dolores,  
 deshojando frescas flores  
 en mi senda oscura y llena  
 de quebrantos!..... ¡Alba plena!  
 ¡Oh memoria de mis gratas  
 ilusiones, que desatas  
 de mi espíritu los lazos!.....  
 ¡Oh ilusión que abres los brazos  
 y del vórtice arrebatas  
 á mi alma hecha pedazos.

Sér magnánimo y sereno,  
 siempre noble, siempre bueno,  
 cuya luz arde tan bella  
 como el brillo de la estrella.  
 Sonriente enamorada:  
 ¿de qué flor ó de qué hada  
 heredaste la hermosura  
 de tu cuerpo, y la ternura  
 de tu alma inmaculada?

¿Quién ha dado á tus cabellos  
 de la aurora los destellos;  
 de qué filtros, de qué sabios  
 es el rojo de tus labios;  
 y tus ojos, quién dió á ellos  
 del azul tonos tan bellos?

Astro y flor, hada y mujer:  
 dí, qué mágico poder  
 realizó esa unión tan rara  
 de tu cuerpo con tu cara,  
 de tu cara con tu sér?  
 Y tu forma delicada  
 ¿en qué marmol fué tallada?  
 ¿Quién del arte puso el sello  
 á las curvas de tu cuello,  
 y te dió la luz tranquila  
 que derrama tu pupila?  
 Sonriente, enamorada,  
 rosa fresca y olorosa,

Tacubaya,

más hermosa y delicada  
 que la leve mariposa;  
 la de talle cimbrador  
 como el tallo de la flor,  
 y de notas más suaves  
 que el acento de las aves;  
 la que vierte en su alegría  
 mil torrentes de armonía;  
 dime, rosa, luna, estatua:  
 ¿es verdad que tu belleza  
 es tan sólo una luz fatua?  
 Tu belleza que aún empieza  
 y tu alma dulce y pía  
 ¿serán sólo flor de un día?  
 Hechicera mariposa,  
 de mi sueño único dueño,  
 ¿en qué caliz, en qué rosa  
 dormirás tu último sueño?  
 ¡Oh, no quiero que te mueras!  
 ¿Qué será sin tí, mi vida?  
 ¿Qué será de las quimeras  
 de mi alma embebecida?  
 No tan presto huyas de aquí,  
 impaciente colibrí:  
 esta vida, en sus dolores,  
 aún conserva muchas flores,  
 aún hay frescas espesuras  
 para hacer un nido de ellas  
 y mecer nuestras ternuras  
 á la luz de las estrellas.

Si el amor doquiera enciendes,  
 ¿por qué, pues, huir pretendes  
 y tan pronto el vuelo ensayas?  
 ¡No, no quiero que te vayas!  
 Astro mágico y divino,  
 yo también, como Josué,  
 en mitad de tu camino  
 tu carrerá detendré.  
 Sollozante de dolor  
 en tu senda está mi amor;  
 eres mía, sólo mía.....  
 ¡No te vayas, alma en flor,  
 no te vayas todavía!.....

AURELIO GONZALEZ CARRASCO,

---



## UN CEREBRAL.

A JESUS E. VALENZUELA.

La vie de collègue et la littérature moderne m'ont souillé la pensée avant que je n'eusse vécu. Cette même littérature m'a détaché de la Religion à quinze ans.

La vida de colegio y la literatura moderna, me mancharon el pensamiento antes que comenzara yo á vivir. Esa misma literatura me arrancó la fe religiosa á los quince años.

PAUL BOURGET.—"Crime d'amour," página 56.

Creo haber leído en algún libro escrito por un autor de los llamados psicólogos, y más pedantescamente: *anatomistas de almas*, que para el amor no tienen importancia ninguna los acontecimientos exteriores; sino que todo el drama sentimental íntimo se desarrolla en los cerebros y en los organismos más ó menos impresionables de los amantes y en sus almas más ó menos complicadas.

Meditad un poco sobre este aforismo de amor, vosotros los sentimentalistas cerebrales y creo que como yo lo encontraréis veracísimo y profundo. Antes de relatar tan malejamente como me lo permita mi torpísima pluma, esta tragedia pasional que por desgracia no pasó en el escenario de mi cerebro, sino en el vastísimo teatro de la vida, debo pedir perdón á los pocos lectores ó lectoras que me sigan hasta el fin de ella, por si tal vez encuentran tono doctoral y pedante en esta sucinta, banal y trágica relación de unos amores.

Hoy que después de emborronar unas cuantas cuartillas y de hojear dos ó tres libros y de mirar monótonamente nuestro nombre al pie de las columnas de un periódico, creemos haber alcanzado el *summum* de la gloria, podría yo tal vez aparecer pedante al pretender diseñar un perfil de alma de adolescente y llamarme sin usar la palabra propia: doctor en experimentaciones amorosas á pesar de mis años, mi poca práctica en dichas experimentaciones sentimentales y mi fatuidad masculina, inherente á todos los de nuestra edad y aun á los de mayor también.

Las propias experimentaciones han sido tan banales y tan poco dignas de análisis, que me he de-

jado arrebatarse por la espontaneidad pasional y he llorado llanto de amor y olvidado á las muertas y á las ingratas, como cualquier hijo de vecino ama, llora y olvida.

Pero tuve la fortuna y el infortunio de nacer confidente: fortuna, porque siempre me ha interesado la vida sentimental de la Psiquis invisible y para estudiarla friamente, es más fácil mirar las llagas extrañas que las propias; éstas aparecen siempre incurables y profundas, tomando, como tomamos por móvil de todos nuestros placeres y nuestros dolores, la vanidad y el egoísmo.

Los que hayáis sufrido cuatro ó cinco desencantos sentimentales y seguido dos ó tres féretros, en donde iban encerrados cuerpos que acariciásteis, los que hayáis mirado salir el sol sin que hubiera pan en vuestro hogar, los que desde temprano hayáis conocido los *por abajos* de la vida, convendréis conmigo en que los sufrimientos extraños son tan reales y tan interesantes como los propios; no así los mimados de la suerte, los vencedores en amor, ni los que atraviesan esa crisis aguda de pasión llamada luna de miel, ya sea lícita ó desaprobada por la sociedad y por la Iglesia; que éstos, pues, para quienes el dolor es una quimera, éstos para quienes la vida ha sido solícita en ocultarle sus asquerosas úlceras con gasa azul, éstos que no lean mi «tragedia pasional,» la encontrarían inverosímil y sonreirían del cándido amigo mío, héroe vulgarísimo de ella. Llamé fortuna á esta de recibir confidencias, porque queda explicado que tengo motivos para interesarme por el sentimentalismo de algunas almas, y le llamé infortunio, porque teniendo



en cuenta mis nervios enfermizos, nada es tan exasperante, los días sin sol, como escuchar quejas y suspiros de un enamorado, sabiendo de antemano que éste no ha de hablaros de sociología ni de credos literarios, sino siempre (es decir, mientras dura la crisis pasional) de la mujer amada.

\* \*

Después de noctabular durante dos horas, Daniel y yo llegamos poco antes de media noche frente á la puerta de una casa situada en la calle de la Perpetua y en la cual vivía mi pobre amigo.

—Mira, me dijo señalándome un balconcito lejano, allí está mi sufridero, mi potro de tormento, mi tortura constante.

Bostecé por la vigésima primera vez, le tendí la mano, y le dije: Adios, Daniel. Hacía dos horas que soportaba sus quejas, sus jeremiadas continuas, sus frases sollozadas casi y con las cuales intentaba probarme que Lucecita García (su novia actual), no le amaba y se entretenía solamente en destrozarle el corazón. Y mientras Daniel se miraba el firmamento gris de su alma, yo contemplaba la espléndida brillantez blanca de los astros que adornaban el cielo transparente y profundo de aquella noche de Enero.

—El sufridero de Daniel, murmuré sonriéndome cuando me hube despedido, su potro de tormento está en él mismo, me dije mirando el balconcito que me había indicado y siguiendo á lo largo del muro sombrío de la ex-Inquisición. E involuntariamente pensé en las víctimas de Torquemada. Aquellos soportaban martirios cuya sola descripción hace sufrir hoy á los modernos cerebrales, y éstos sin necesitar del contacto de garfios de hierro candente, sufren á su vez tanto como aquellos, tan sólo sintiendo esa constante y difícil elaboración cerebral que les sirve de continua tortura.

\* \*

—¿Usted conoce á la novia de Daniel? pregunté á F\*\*\*

—Lucecita, me contestó F\*\*\*, no es buena ni mala, bonita ni fea; tiene diez y ocho años y ¿qué bueno ó qué malo quiere vd. que elabore un cerebro femenino de esa edad? Sin ser rica, no ha tenido nunca escaseces; desde el lunes hasta el sábado se levanta temprano, oye misa, se compone, se peina, se arregla los rizos sobre la frente, algunas veces sale ó si no, corta moldes de vestidos mientras llega la hora de comer; por la tarde hojea un libro que nunca acaba de leer, y cuando obscurece sale al balcón y charla una hora con Daniel. Ya se imagina usted lo que charlarán; él con su cándido lirismo, intenta hablar constantemente de su pasión; ella le habla de sus trajes, del teatro Hidalgo, del próximo baile de sus amigas.

—Y ¿no cree usted que se casen?

—¿Que se casen, quiénes? ¿Daniel y Luz? Luz se casará, sí, y será feliz; amaré á su marido sin exaltación, sin arrebatos; lo amaré razonadamente como ama toda mujer sana; después del primer hijo, amaré más á sus hijos que á su marido; será buena esposa, muy buena madre, verá en el espo-

so al *fournisseur* de sus hijos, y mientras llega el hombre que provea á los hijos de alimentos, y vestidos y educación, ella se divierte; baila, se confiesa, oye misa y luce su talle antes que lo deforme el matrimonio. En fin, es una señorita muy cuerda que no le da al amor más importancia que la que se necesita darle en la vida moderna social.

F\*\*\* se sonrió mefistofélicamente y yo sin ser tan cándido ni tan soñador como Daniel, me sentí desconcertado después de oír la sofisticada opinión de F\*\*\* sobre la novia de mi amigo.

—Además, me dijo F\*\*\*, Lucecita borda muy bien y toca el piano, llora algunas veces en los dramas que mira en el Teatro Hidalgo, y yo sé que en la misa reza siempre porque Daniel se convierta y no siga leyendo á Beyle.

—Usted hace mal, prosiguió F\*\*\*, en iniciarlo á esa literatura malsana. Daniel es un *raté*, uno de esos seres que tienen la facultad de comprender todo é incapaces de sobresalir en nada, la vida activa les disgusta extremadamente, adoran la música, el amor y la literatura, y cada acto, cada momento de la vida diaria intentan amoldarlo á una situación literaria; Daniel se encuentra alguna noche con una de esas anémicas empolvadas que lucen su miseria en nuestras calles céntricas desde las siete hasta las once de la noche, y nuestro pobre amigo se imagina encontrarse con Manon Lescaut; enamora á Luz García, y la cree Ofelia; le presentan á una mujer casada, y la improvisa de Emma Bovary. En vez de hacerlo leer, debe usted aconsejarle que vaya al Skating, que se compre una bicicleta, que desarrolle sus músculos y que no se envenene el alma y se vaporice el cerebro.

F\*\*\* se despidió de mí y algunas tardes después de esta conversación, estuve á visitar á mi Daniel, en su vivienda 6 de una casa de la calle de la Perpetua.

—El estado natural de un sexo, me disparó Daniel á boca de jarro, no es sino la fiebre del otro.

—¡Vaya! le contesté, déjate de citarme á Benjamín Constant, y vamos á pasear un poco, cierra tu libro y ven.

—Lléveselo usted, señor, me dijo Doña Carmelita, madre adoptiva y octogenaria de mi amigo; lléveselo usted para que no se esté secando aquí los sesos sobre esos libros.

La encorvada anciana me señaló algunos volúmenes esparcidos sobre la mesa; y sobre el despinchado catre de mi amigo, pude mirar el *Amor* de Senancour, el *Adolfo* de Constant, las *Flores del Mal* de Baudelaire y la *Fisiología del Amor*, por Beyle, que yo le había prestado.

—Esos libros malditos, prosiguió la anciana mientras Daniel tomaba su sombrero, esos libros le matarán, señor.

¡Cuánto me acordaré siempre de aquella vivienda 6 y de aquella tarde en que la anciana lanzó su anatema sobre los autores preferidos por Daniel!

Ignacio Loyola llama *composición de lugar* al medio que rodea un estado particular de alma, y cuán gráfica y exacta fué la rápida *composición de lugar* que hice aquella tarde.

¡Aquella vivienda 6! Dos cuartos de un entresuelo, blanqueados con cal, y la cocina; uno era habi-

tación de Doña Carmelita y otro de Daniel; en el de éste, un catre, una mesa, dos sillas desvencijadas; casi siempre una taza con café y aquella tarde un revólver entre los libros esparcidos sobre la mesa.

—¿Para qué quíeres pistola? le pregunté.

—Me la prestó F\*\*\*.

Y me asomé á una ventanita que caía á una callejuela estrecha, muy sombría, y desde la cual sólo se miraba un jirón azul coronando el altísimo muro de tezontle.

Atravesamos por la habitación de Doña Carmelita; allí sobre una rinconera un nicho de cristales, debajo del cual un cristo en madera miraba impasible una lamparita roja que le lanzaba sus reflejos al ensangrentado rostro.

\* \* \*

—Luz no me ama, dijo Daniel cuando estuvimos en la calle, ya *quebré*.

—Figúrate, prosiguió, que por irse al circo, deja de hablarme tres noches.

—Le divertirá más el circo que tu conversación, y por eso te imaginas que no te ama.

Seguí escuchando las jeremiadas de mi amigo, las cuales omito por no parecerme interesantes para el lector, y me despedí de él poco después que los clarines hubieron tocado *silencio* en un cuartel cercano á su habitación.

—¡Adiós, me dijo, adiós! y me estrechó entre sus brazos.

—¿Qué tienes? le pregunté.

—Tristeza, contestó, infinita, incurable, inmensa.

—No leas nada esta noche, duerme y olvidate de todo.

\* \* \*

Muy á mi pesar, me levanté temprano, instigado por un comisionado de Doña Carmelita, que venia á despertarme.

—¿Qué sucede? pregunté bostezando.

—Que se mató el hijo de Doña Carmelita, me dijo el comisionado.

Sudé glacial y contesté maquinalmente:

—Allá voy.

Y mientras llegaba yo á la viviendita 6, pensé aterrorizado en la maldición lanzada por la anciana madre adoptiva de Daniel á los libros que éste leía.

Y titubeando, inquieto, turbado y sin saber qué diría al entrar, empujé la puerta y miré sobre el catre el cadáver de mi amigo. Allí estaba con los ojos hundidos, los labios pálidos, entreabiertos, y los cabellos pegados con sangre sobre su anchísima frente de soñador, de loco, de neurópata.

Allí estaba el cadáver del infeliz *raté* que no habiendo podido estrangular su ideal, se declara vencido por la existencia, humillado por la vida.

Su diestra aún oprimía el revólver y sobre la mesa dos cartas, los libros y la sempiterna taza con un poco de café negro en el fondo.

—Una de las cartas tenía mi nombre y leí:

“Mi suprema, única y última voluntad es que entregues esta carta á Luz. La vida me está matan-

do lentamente y prefiero adelantarme á que me asesine.»

Me salí agitado, prometí á Doña Carmelita volver en la noche, y... que la sombra de mi amigo me perdone; pero después de leer la carta dirigida á Luz, la despedacé y me encogí de hombros; ni siquiera durante un segundo pensé cumplir la voluntad postrera de Daniel; ¿para qué?

Si Luz le amaba, ¿para qué causarle un dolor y ser yo el comisionado para causárselo? Si Lucecita le amaba, le lloraría tres semanas, ó tres meses, ó dos años, ¿y qué, conseguiría con eso volverlo á la existencia? Además, ¿qué me importaba que Luz le amara ó no? Yo fui quién me sentí culpable y abrumado con el peso de su suicidio; yo que al iniciarlo en la literatura dolorosa y malsana, á él tan cándido, tan soñador, de tan grande alma bondadosa, le encaré con el fantasma melancolía, fastidio, desprecio para las gentes y para la existencia. ¿Por qué no le *inicié* mejor en la filosofía de los *clubmen*, y por qué no le hice frecuentar tabernas y lupanares y garitos, para que así no se preguntara nunca qué venimos á hacer á la vida, ni pidiera pasiones heroicas á Lucecita?

¿Qué me importaba Lucecita? Ella le lloraría según su facultad más ó menos desarrollada de llorar y suspirar; ¿pero Doña Carmelita? la octogenaria de la barba saliente! la madre adoptiva que noche á noche bendecía el catre de fierro! la anciana sin dientes que se afligía cuando miraba á Daniel taciturno y melancólico! Cómo temía yo que llegara la noche y tener que escuchar el anatema de la anciana, cuyo culto había sido la existencia de mi malogrado amigo.

\* \* \*

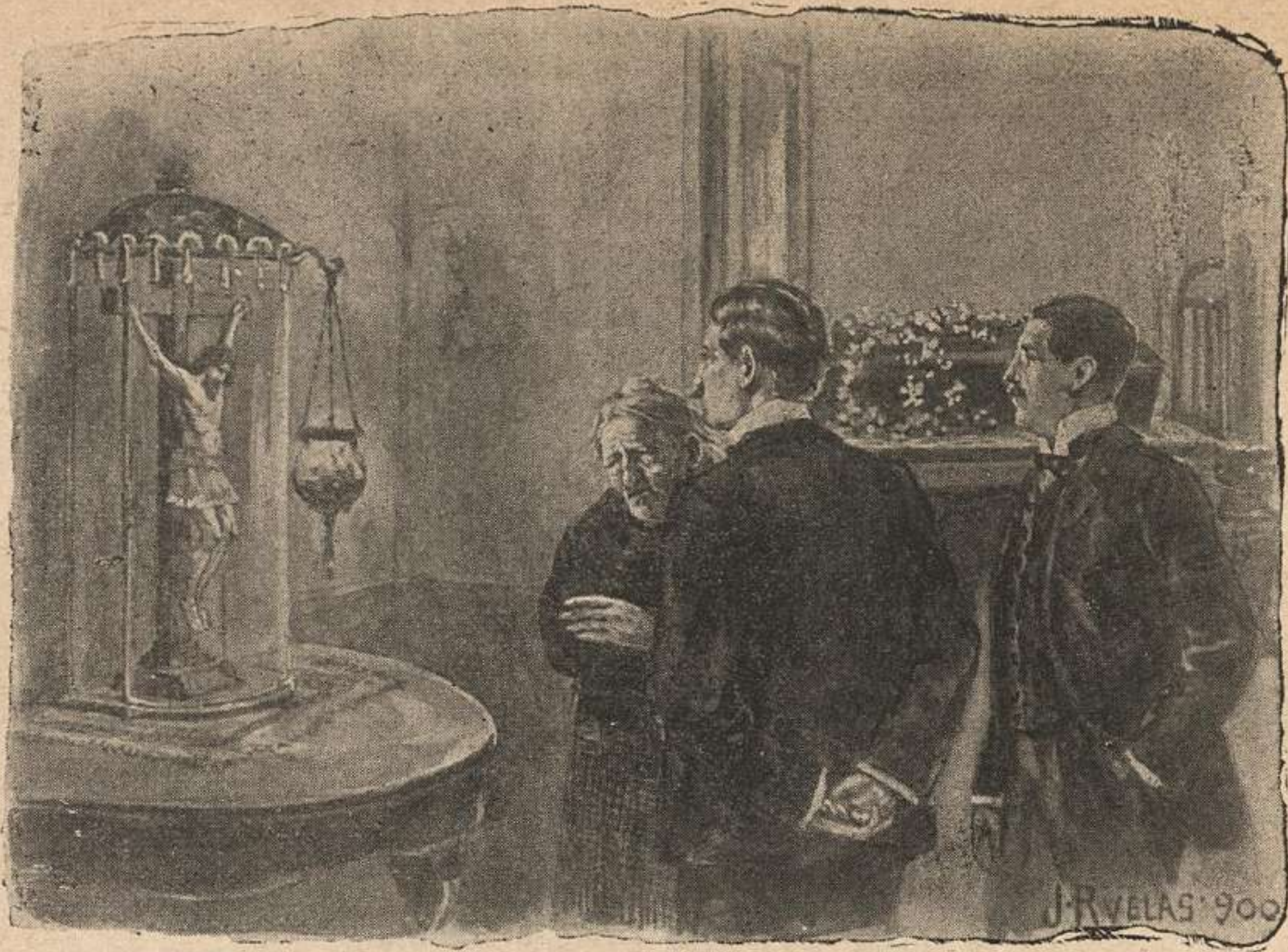
¡Pobre Doña Carmelita! Algunas veces, cuando la encuentro, encorvada, cojeando, con su barba saliente, sus cabellos blancos, escasos, y sus encías sin dientes ni huesos molares... cuando la encuentro y me detengo á informarme de sus achaques y de la salud de su director espiritual, no puedo impedir que surja delante de mí la visión de aquella noche y de aquel cuarto en donde ella, F\*\*\* y yo velamos el cadáver del suicida.

Sobre el catre pintado de rojo se colocó el ataúd; humilde, barnizado apenas, sin agarraderas plateadas ni cruz de níquel sobre la tapa. F\*\*\* y yo nos empeñamos en cubrirlo con rosas blancas y violetas, Doña Carmelita se opuso ligeramente argumentándonos que sólo á las *niñas* se les ponía flores.

En la mesita había algunos libros esparcidos; la *Critica de la razón pura*, por Kant; la *Metafísica del Amor*, por Carlos Arturo Schopenhauer, el inquietador maestro de Francfort, y el volumen de Enrique Beyle que yo le había prestado.

—Esos libros, señor! dijo Doña Carmelita, esos libros le mataron, no fué la bala del revólver, sino esos impíos miserables, que no saben el daño que hacen á las almas con sus herejías...

La anciana interrumpió su anatema y se puso á sollozar; me quedé meditando sobre la terrible responsabilidad literaria y sobre los cargos que



Doña Carmelita hacia á nuestros maestros inmortales y decidido á perder mi «Fisiología» por Beyle, le dije:

—No, Doña Carmelita, no fueron los libros, sino los desdenes de Lucecita García.

—Qué? los desdenes de Lucecita? no señor, si Lucecita es muy cristiana y lo quiso mucho.

La octogenaria siguió gimiendo.... nos dijo que pasáramos á su cuarto para tomar un poco de café y soportar la velada.

Sobre la rinconera estaba la estatua del Crucificado, cubierta con su nicho de cristales que adornaban infinidad de prismas. La lamparita roja ensangrentaba con sus reflejos el rostro de la imagen.

—Pobre Daniel! dijo la anciana sirviéndonos café, Dios ha de haberle perdonado; pero cómo arde-

rán eternamente en el infierno sus *Kantes* y sus *Beyles*.

Se interrumpió Doña Carmelita para secar su llanto.

—¿Quién de todos esos herejes, prosiguió, quién ha predicado una doctrina tan santa, tan bella, tan consoladora como la de nuestro Salvador Divino?

La octogenaria señaló al Cristo ensangrentado por los reflejos de la lamparita roja, yo quise sonreír, pero F\*\*\* me miró severamente; bebimos nuestro café y Doña Carmelita nos hizo volver junto al cadáver de Daniel.

Después se arrinconó á sollozar silenciosamente hasta que vino el día.... y todo el resto de la noche estuvieron temblando las llamas de los cirios; porque á través del desvencijado marco de la ventana se colaba una ráfaga de viento frío.

ALBERTO LEDUC.

---

## QUINCE AÑOS.

(Album de Isabel Zárate).

---

Ya declina la tarde, y el crepúsculo  
Va ocultando á mis ojos con sus velos  
El astro esplendoroso de tu alma  
Y el azul horizonte de tus sueños.

---

Ya se acerca la noche; ya mis flores  
Son hojas secas que arrebató el viento;  
Ya sólo brillan en la sombra muda,  
Como estrellas muy tristes, los recuerdos.

---

Apariciones blancas; luminosas  
Alegrias de ayer... todo muy lejos...  
Todo perdido ya. Sólo aletea,  
Como ave moribunda, el pensamiento.

—  
Y tú vas sobre un lago de ondas claras  
A la isla escantada de los sueños,  
Te saludan los salmos de la vida  
Y la aurora en tu frente deja un beso.

—  
Tú vas al porvenir. Deshoja el alba  
Sus encendidas rosas en tu cielo;  
Las venturas te llaman, y te esperan  
El amor y la dicha sonriendo.

—  
Allá se va tu góndola de oro,  
Belleza, Juventud, dejas el puerto,  
Y queda aquí muy triste, aleteando,  
Como ave moribunda, el pensamiento.

F. M. DE OLAGUÍBEL.

## FIDELIDAD.

A BAUDELIO CONTRERAS.

¿Qué buscas, púber trepadora, alrededor del viejo tronco herido por el rayo en el corazón, y por el tiempo injuriado en su corteza áspera? ¿Qué buscas, dí, en la ruina sin follaje, en que sonoro resuena, como una lira, el viento; sin brazos siquiera en que algún ave nocturna haga su torvo nido de punzantes abrojos?...

¡Cómo tiendes tus tentáculos finos con suave lentitud de enamorada tímida para ir cubriendo su desnudez de pordiosero de vida con tus largas, largas guirnaldas de hojitas nuevas y rojas florecillas de centro de oro! ¡Cómo te he visto, año por año, ir vistiendo á ese viejo profeta de lo efímero de la vida, desde la tierra que aún lo sustenta por misericordia, hasta haberlo empenachado, en esta última primavera, con el glorioso airón de tus guías indecisas, ya sin apoyo, que se tienden ora al viento desmadejadas en gozo delirante!...

Pasajera será tu gloria si quisiste encumbrarte apretándote al vetusto tronco de ese heraldo de muerte para aspirar más aire y beber más sol; para levantarte en el cristal del espacio y ser vista de lejos, de muy lejos, los días limpios en que pasean por el campo las parejas de enamorados—las manos en las manos, los ojos en los ojos, y luego los labios en los labios, bajo la luz que se desbarata en doble arco de iris sobre las nubes que coronan las nieves de las cimas implacables.....

—¿Te guiaba el amor? «Ah! no, el amor se oculta como la violeta para perfumar la vida.»

—¿Te guiaba la ambición? «Ah! no, la ambición se arrastra como el reptil, para trepar las cumbres.»

—¿Te guiaba la vanidad? «Ah! no, la vanidad busca lo más alto para exhibirse mejor; y más alto que el viejo tronco era el poste próximo del herrado camino por el que miro pasar frecuentemente un loco turbión de llamas y de humo.»

«No, no, no, me empujaba el placer de vivir; de apurar la vida pronto y bien, con toda mi savia, con todos mis tallos, con todas mis hojas, con todas mis flores, y sentir mi cabellera suelta á todos los vientos, al fulgor tenue de las mañanas de rosa pálida, al oro candente de los medios días, al lampo violáceo de las tardes melancólicas. Quería mi parte de vida entera, sin mutilaciones. Y él me la dió.

«El viejo tronco cruje ya desplomándose, es verdad; pero yo soy feliz, moriré sobre su polvo como viví sobre él en pie; feliz, feliz, feliz. Él prestó á mi anhelo juvenil su entereza; yo cubrí de alegría primavera sus despojos desamparados. Soy una florecilla silvestre sin nombre para los hombres; pero el viejo, mi viejo, mi buen compañero en lo fugaz del tiempo, me ha bautizado con un nombre que me ha dicho muy quedo, bajo el follaje que le arrojé á los hombros desnudos como un manto último, para él, de caridad; con un nombre dulce que me repite el eco, áurea voz amada que se aleja despidiéndose. Todavía, todavía él, al crujir desmoronándose, me lo repite moribundo: FIDELIDAD!»

JESÚS E. VALENZUELA.

## SUR L'ALBUM DE CAMILLE.

Camille à vous des vers? Souffrez que je m'excuse:  
Nul ne saurait donner des rayons à Phébus,  
Aux abeilles du miel, une lyre à la muse,  
Aux roses du parfum, de la grâce à Vénus.

Sirène inspiratrice, aimable Leucosie,  
Pour devenir poète il suffit de vous voir.  
Mais, si vous aimez tant l'art et la poésie,  
L'idéal et le beau... prenez votre miroir.

ALFRED BOISSIÉ.

## DE KANT A NIETZSCHE

POR JULIO DE GAULTIER.

(París, Sociedad del «Mercurio de Francia,» 1900  
-1 vol-in-16.)

Che dove Dio senza mezzo governa  
La legge natural nulla rileva.  
*Paraiso* XXX, 121-122.

Como lo decía Pierre Lasserre en un artículo, publicado en esta Revista, el libro de Julio de Gaultier no es, como otras obras de títulos analógicos, una serie cronológica de monografías diversas. Es un estudio de filosofía general y uno de los más importantes que se han escrito de algunos años á la fecha. Puede apreciarse allí una rara mezcla de información filosófica, de penetración psicológica, de dialéctica fuerte y libre, de imaginación viva y de ardor de combate. Y tanto por la forma, cuanto por el pensamiento, de Gaultier se muestra, al mismo tiempo que francés amigo de la evidencia, digno continuador de Schopenhauer y de Nietzsche.

Sus conclusiones no agradarán sin duda á los metafísicos, pues conducen nada menos que á suprimir los objetos principales de sus preocupaciones.

Según Gaultier, la *Critica de la razón pura*, á despecho de las conclusiones insuficientes que permitieron á Kant restaurar la antigua metafísica, ha fundado la ciencia del conocimiento, como susceptible de construcción definitiva; y por su genio, Kant arruinó inconscientemente todo ensayo posterior para restablecer las ficciones de escuela. Si ha sido necesario después de él volver al método para formular las últimas aplicaciones, es tan sólo porque él mismo y los herederos de sus escrúpulos teológicos fueron los iniciadores de una regresión filosófica. En realidad, después de la *Critica*, está probada la imposibilidad para la razón de alcanzar al Sér; el espíritu está instruido en las leyes y en los límites de conocerle; no tiene más que estudiar las leyes de los fenómenos; es decir, que para lo sucesivo, los sabios son los verdaderos filósofos.

Basta ya de vanagloriar la superioridad metafísica de Alemania en el siglo XIX; la extraordinaria fecundidad de Francia, en la misma época, de espíritus científicos, es lo que denota una intelectualidad superior.

I. *El Nihilismo metafísico*.—Julio de Gaultier reconoce como sus ascendientes filosóficos, no á los materialistas, á quienes su ciega sumisión á las percepciones de los sentidos, disponía á la más ingenua ontología; sino á los idealistas en la medida en que han reconocido la imposibilidad de conocer la cosa en sí. Rechaza la ontología de Platón, que realizando abstracciones, mereció el nombre de *padre de la teología*; pero le agradece haber entrevisto la deformación que, en los conocimientos, el espíritu impone á la realidad. Recuerda las cualidades segundas de Locke, las intuiciones y las categorías de Kant y la cuádruple raíz de Schopenhauer. Concluye con Nietzsche que las leyes cerebrales, sólo son «un aparato de deformación,» destinado á hacernos ver el Sér distinto de como es y á hacer surgir un espectáculo imaginario.» Consideramos al Sér, podría decirse hasta Nietzsche, á través de una serie de lentes, que son el espacio, el tiempo, la causalidad y el hecho mismo de la representación, la distinción en objeto y sujeto. Es preciso ir más allá que Schopenhauer y confesar que la voluntad en sí misma sólo puede ser conocida como representación. Ya entonces, no podemos decir nada del Sér, no sabemos si existe en sí; en vez de continuar definiendo las leyes del conocimiento como lentes que deforman la realidad, es preciso reconocer solamente le condición del fenómeno, el «aparato de

óptica á través del cual se forma el miraje» sin juzgar si nada exterior corresponde á ese miraje.

«He ahí sin duda la última palabra del idealismo. Guídemones, porque también es la del agnosticismo. No hay sabio que no pueda ni deba suponerlo así. Este nihilismo es de orden puramente metafísico. Lo que aquí se niega radicalmente, es nada más la posibilidad para la razón, no se dice de conocer la cosa en sí; sino de afirmar su existencia. Pero semejante entidad, sólo ha prestado servicios á los metafísicos. La cosa en sí es un soporte muy cómodo para los postulados que contradicen la ley de la razón; pero no se le ve otro uso y un espíritu científico puede pasarse fácilmente sin ella.

Con la cosa en sí, el agnosticismo rechaza á lo ininteligible, las ideas de *causa primera*, de *finalidad última*, de *substancia*, de *unidad*, de *eternidad*, de *infinito*, de *bien por sí*, de *libertad*.

Pero Gaultier cuida de reunir contra ellas las más fuertes objeciones. Recuerda cómo la idea de causa primera, es contradictoria *in objecto*, cómo no se puede conceder fin á lo que no tiene causa, y cuán peligroso es prestar á lo incognoscible atributos que tienen en el mundo fenomenal una significación precisa. Muestra en la libertad un caso de la necesidad, ley invariable del fenómeno. «Cuando dejamos de comprender por las causas, no sabemos si esa importancia consiste en la debilidad de nuestro espíritu ó en la naturaleza de las cosas; en el primer caso, la necesidad continuaría ejercitándose en una región en que la perdemos de vista; en el segundo, ignoramos todo de lo que la reemplaza y no podemos afirmar nada.

La cosa en sí, no puede ser libre en el sentido positivo único de esa palabra, puesto que no se puede, sin contradicción, pretender «que haya salido victoriosa de una lucha en la que, la recompensa es la existencia fenomenal.»

No se hablará ya más de la contingencia de sus leyes, puesto que no hay contingente, sino ante las miradas del espíritu, que insuficientemente informado, titubea entre varios posibles.

Y en cuanto á los primeros principios de Renouvier, así como en cuanto á la *espontaneidad* de tantos filósofos, no implicarían ya la libertad, sino la necesidad.

La libertad es una ilusión que tiene por efecto estimular la actividad de los hombres. Y si los hombres creen en la libertad, es á causa de otra ilusión, la de la personalidad. El hombre moderno, efectivamente, «cree en la realidad del yo, representación ficticia y resolución momentánea del conflicto surgido entre la multiplicidad de instintos, como el griego antiguo creía en la realidad del Dios Pan, símbolo de la diversidad infinita de las fuerzas de la naturaleza.»

En realidad, el yo es una colonia de instintos, en la que cada uno de ellos se esfuerza, bajo las miradas de la conciencia, por obtener la preeminencia. La lucha se verifica, como si la conciencia no existiese; cuando hay percepción, la lucha ha terminado; la conciencia no dice «mi voluntad,» sino cuando el instinto ha triunfado. Se apodera entonces, como emblema de la victoria, de la *bandera* de la personalidad. Ese instinto no tiene más justificación

que su realidad, ha podido estar más ó menos elaborado, especialmente por la educación; como toda fuerza que consigue imponerse á otras, puede llamarse libre en el sentido único positivo de tal palabra.

Pero no hay en esto nada que pueda satisfacer á los partidarios del libre albedrío y esta expresión no significa nada.

En resumen, «si existiese un bien soberano, los hombres no serían libres para alcanzarlo.» Pero si los hombres poseyesen un libre albedrío, la metafísica no podría indicarles el fin con que deben usarlo, porque no existe el soberano bien. Hemos visto que no puede afirmarse la existencia de una causa primera, como tampoco, por consecuencia, la de un fin último. Hay que agregar ahora, que la palabra *verdad* sólo designa un estado de certidumbre y de reposo perfecto de la inteligencia.

Porque, desde el punto de vista metafísico, el Sér en sí, no es cognoscible, y desde el punto de vista fenomenista, todas las realidades, todos los hechos de la conciencia son por sí mismas equivalentes. Así, pues, las únicas nociones que procuran á la inteligencia de los hombres esa absoluta certidumbre, son las proposiciones metafísicas, lógicas, geométricas, que sólo conciernen la forma del conocimiento.

En cuanto á las relaciones del fenómeno, que son el único objeto de la ciencia propiamente dicha; al ser estudiado por nuestros sabios, sólo les procura, además de utilidad, el perfeccionar en ellos el sentimiento respetuoso del misterio. Hasta nuestra astronomía contiene un principio de incertidumbre, puesto que está á merced de las leyes desconocidas de la astronomía estelar. En cuanto á las verdades morales, se necesitaría, para que existiesen en el mismo grado, que nos fuese permitido reunir todos los fenómenos morales, como los fenómenos mecánicos, franqueando los abismos que separan las ciencias sucesivas, reduciendo á la unidad los diversos elementos ante los cuales, cada una de ellas, debe detenerse. Se deducirá que esta verdad es una nueva ficción metafísica. Una moral es únicamente «la actitud de utilidad de cierto temperamento,» nace con él de la región desconocida que produce todos los fenómenos, no da su *porqué* y hay tantas morales legítimas, como temperamentos diversos. Pero los hombres acostumbran transformar su principio de acción en una ley universal, que fundan en una revelación ó de la que hacen un imperativo categórico. Y combaten para imponerla con el nombre de verdad; la verdad resulta entonces así, *una máquina de guerra*, una máscara que disimula «el único y real motivo de aversión, que existe entre los hombres: la diferencia,» forma particular del principio de divergencia que preside á la vida.

Pero si el ídolo Libertad, tiene por efecto estimular la actividad de los hombres y el ídolo Verdad, el de hacer más intensa la vida, no se conoce nada que escape al determinismo universal, y «los hombres, como los demás cuerpos de la naturaleza, hacen siempre lo que deben hacer.» Así, la ciencia del conocimiento, después de la crítica instituida por Kant é impulsada más adelante por Schopenhauer, se reúne con Nietzsche á la ciencia propia-

mente dicha; pero al mismo tiempo parece llegar, en moral como en metafísica, al nihilismo radical. Conviene desde ahora, examinar [por qué, según Gaultier, Kant mismo y después de él, tantos filósofos han llegado á opuestas condiciones.

II. *El instinto vital y el instinto de conocimiento.*—Una feliz invención de Julio de Gaultier, le ha permitido hacer sentir fuertemente, lo que puede existir de dramático en una historia de la filosofía. Ha imaginado personificar, bajo los nombres de *Instinto vital* y de *Instinto de conocimiento*, dos tendencias que se disputan el espíritu de los hombres. No necesitamos recordar aquí, cómo han descrito ese antagonismo, Schopenhauer y Nietzsche. Así también, los dos árboles famosos del Génesis, lo simbolizaban con exactitud. Pero precisándolo, ha sido como Gaultier ha llegado á una interpretación profunda de las variaciones de los filósofos. Además, como veremos más adelante, la distinción rigurosa de lo que pertenece á uno y á otro instinto, le ha procurado el medio de salvar del naufragio dogmático, lo que hay de importante y de legítimo en las metafísicas y en las morales.

No se trata, pues, únicamente de un procedimiento de exposición, que da al libro su interés y su unidad de obra de arte. Parece necesario insistir sobre un punto de vista, desde el que se le ha podido abrazar por la primera vez, de manera de organizar en seguida en un cuerpo de doctrinas tantas conclusiones imperiosas; pero diseminadas y de apariencia completamente negativa.

El instinto vital es la tendencia conservadora del género humano; es él, el que sugiere las ilusiones fecundas, los dogmas religiosos y las canciones de la moral. El Instinto de conocimiento, por el contrario, la pasión de comprender el universo, abandonada á sí misma y conduciendo al nihilismo, tendería á suprimir la vida. Pero ese Instinto está en el origen y sigue siendo constantemente el servidor, cuando no el engaño del instinto vital. No existe teoría que pueda suprimir á la vida; cuando ésta disminuye, el Instinto de conocimiento analiza y destruye una concepción que se hace impotente, mientras que el Instinto vital inventa una nueva ficción saludable. Sería, pues, presuntuoso pretender economizar ó suprimir el instinto vital. Gaultier estima, además, que «la moralidad de un filósofo consiste en seguir al espíritu por todas las vías, por donde éste le conduzca, aun las más peligrosas, y sólo considerar como cosa sagrada, la rectitud de la inteligencia;» por eso es, por lo que tomó aquí resueltamente partido por el Instinto de conocimiento, y decidió no tomar absolutamente en cuenta, en su análisis, las preocupaciones morales comunes á los filósofos. No desconoce, como tampoco Nietzsche, la utilidad de la moral; pero juzga tan inútil como imposible para el teórico, fundarla en la metafísica. La gozosa aceptación de la vida con sus consecuencias; el *amor fati*, es uno de los caracteres de la filosofía de Nietzsche; por razón del nihilismo de esa filosofía, el *amor fati* tiene por corolario la concepción profunda y atrevida de lo *no verdadero* como principio de acción. Lo que parece condenable á Gaultier, bajo el punto de vista de la

razón, no es el *credo quia absurdum*, que sólo compromete la voluntad; no es nunca el dogma, es la interpretación pretendida racional del dogma que pone en peligro á la razón. Y Gaultier observa que, en todos los tiempos, hombres profundamente religiosos, sin poner en cuestión la verdad del dogma, han podido abordar cuestiones filosóficas con espíritu perfectamente libre, con desinterés del todo científico, aceptando las más atrevidas conclusiones. Pero lo que la razón no puede admitir, es un *intelligo quia absurdum*, es la pretensión de comprender lo ininteligible. Gaultier se declara incapaz de engañarse á sí mismo, como medida utilitaria. Y se admira, cómo tantos filósofos de valor ó de genio, se hayan resignado para salvar la moral en peligro, á aceptar conclusiones tan poco racionales. A las astucias del instinto vital, es á las que pide la explicación Julio de Gaultier.

Se encontrará en su libro, una discusión nutrida de las conclusiones insuficientes ó gratuitas de Kant, (imposibilidad para la razón pura de alcanzar al sér, examen del argumento ontológico, pretendidas antinomias de la cosmología; mundo inteligible, númenos, postulados de la moral); de Schopenhauer (el mundo como voluntad); de Boutraux (la contingencia de las leyes de la naturaleza) y de Renouvier (la libertad, como contraria de la necesidad). En cuanto á los metafísicos alemanes del séquito de los Fichte, los Schelling y los Hegel; Gaultier los trata con bastante desdén, como espíritus puramente retrógrados. Pero encuentra todavía vestigios teológicos; «hasta en los positivistas como Augusto Comte (la religión de la humanidad); como Littré (la tendencia á la identidad); como Herbert Spencer (la moral de la selección, que como la filosofía dogmática, descansa en la ilusión finalista é implica: 1º que la vida tiene un fin; 2º que ese fin nos es cognoscible).—Carlyle mismo, confiesa que el hombre ha *creado*, no recibido la moral y que el primer origen de la moral, puesto que no tiene bien en sí, sólo puede ser un hecho de dominación; pero se contenta con afirmar la identidad de la Fuerza y del Bien; mientras que la primacía de la Fuerza es la que debe oponerse á la teología metafísica. «Por doquiera que una actividad que dispone de Fuerza, se ha fijado por un tiempo, ha creado una forma del Bien, ha hecho consistir el Bien en ciertas cualidades. Así, pues, la noción del bien, recibe la huella de la fuerza, reconoce su imperio y sufre las metamorfosis, que por ella le son impuestas. La Fuerza por el contrario, permanece siempre idéntica á sí misma, y sólo varía en cantidad. Tal es la conclusión de un agnosticismo consecuente. Pero Carlyle, además, no se había liberado completamente del finalismo; por lo tanto Nietzsche es el «primero de los filósofos idealistas» que va á formular las últimas consecuencias de la crítica kantiana.

III. *Nietzsche y el instinto de potencia.*—Pero ante todo, ¿por qué razón Nietzsche pudo reconocer las consecuencias que habían cegado á Kant? Así dice Gaultier por una particularidad de su psicología. Una filosofía, cualquiera que sea la pretensión que su inventor exhiba por formular verdades objetivas no es nunca en su origen, mas que una interpretación de las cosas según el voto de un tem-

peramento (1). Sólo en una especie de sonambulismo general, pudo Kant instituir una crítica, cuyas tendencias eran del todo contrarias á su sensibilidad. Una verdad nueva, no aparece nunca á hombres que satisfacen dogmas antiguos. Nietzsche pudo aceptar los últimos resultados de la ciencia del conocimiento, porque tuvo que hacer su moral de la investigación de la verdad. Es indispensable, pues, indiar aquí, según Gaultier, ese rasgo importantísimo de la psicología del filósofo.

Federico Nietzsche representa eminentemente el *querer vivir*, en su forma enérgica, el *instinto de potencia*, que «pone su alegría en la conciencia de su fuerza, y que intenta sin cesar elevarse por encima de sí mismo.» «Así, pues, ese instinto de potencia, se ha inventado su medio: la crueldad para consigo mismo. ¿Cómo aumentar su fuerza, si no es poniéndola en conflicto, con lo que se conoce de más fuerte, y nada es más fuerte en todo hombre, que su instinto dominante? Ese instinto que no conoce nada tan fuerte como él mismo, va á contradecirse y á martirizarse.» Tal es la clave de todos los pasos del espíritu de Nietzsche.

Nacido de una familia de pastores protestantes, se había propuesto, según nos dice Lichtenberger, continuar la tradición de los suyos; no tenía ya, sin embargo, nada de místico. Pero el cristianismo que para el místico es una actitud de renunciación de menor esfuerzo, impone, por el contrario, al *bárbaro*, al que domina el instinto de potencia, una obligación propia para aumentar su orgullo, el sentimiento que necesita tener de su propia grandeza. Después de algún tiempo, ved ahí, que esa actitud le ha llegado á ser muy fácil, ved ahí que los actos de renunciación ordenada por el ideal cristiano se realizan sin pena. El cristianismo llega entonces á la beatitud; ya no satisface al orgulloso que va «á inventarse algún dolor nuevo que dominar» y á «negar lo que quisiera afirmar, amar, adorar.» La verdad llega á ser el Dios de Nietzsche, que se impone el penoso deber de abrir los ojos al mundo de los fenómenos «interrogando su propia sombra y aceptando, sin reticencia, ver cuanto se ofrece á sus miradas.»

Así es como llega á las conclusiones nihilistas que hemos bosquejado ya. Pero tiene completa conciencia de su origen religioso, «considera el ateísmo como la última forma del ideal cristiano. Para él, el principio del cristianismo consiste, ante todas las cosas, en la noción de sinceridad para consigo mismo.» Entonces, pues, ¿quién ha arruinado al Dios cristiano? Es, contesta Nietzsche, «la noción de la sinceridad aplicada con rigor siempre creciente; es la conciencia cristiana aguzada en los confesionarios y que se ha transformado, hasta llegar á ser la conciencia científica, la *limpieza intelectual* requerida á cualquier precio.»

Tal ascetismo parece al principio áspero y doloroso. Nietzsche llega á los límites del pesimismo. Pero llega al mismo tiempo «al grado más bajo de su vitalidad,» se dice entonces, que un enfermo no tiene derecho de ser pesimista; «reacciona, se es-

fuerza por sobreponerse á su depresión patológica; y va á acostumbrarse á ese nuevo paisaje mental, hasta encontrar en él su alegría.»

Entonces es cuando Nietzsche ha *pasado* su nuevo ideal y sometido al análisis el concepto de la verdad. El instinto de conocimiento llega en él al triunfo y Nietzsche alcanza el conocimiento puro, no solamente de la ilusión fenomenal, sino también de su mecanismo. La vida no será ya más que un espectáculo, que sólo puede juzgarse desde el punto de vista de espectador; y la única cualidad que puede exigirse de ella es que sea hermosa. Es necesario, pues, reconocer que la belleza «es la sensación unida al ejercicio del instinto del conocimiento puro. Es la sensación de alegría, que hace posible la percepción, la que tiene el poder de poner al conocedor en relación con el universo y de hacer surgir al mundo como representación.»

Esta belleza es la que, á diferencia de Schopenhauer, da á Nietzsche el amor á la vida. La alegría estética, no es ya una liberación á la que suceda la absoluta renunciación, sino que compensa y justifica todo dolor. Trae consigo, no un debilitamiento, sino un aplazamiento de la energía, que de práctica se vuelve teórica; pero sigue siendo idéntica en cantidad. Como en la tragedia griega, «el carácter poético de los males más atroces» cuando se consideran como un espectáculo, les da con la belleza la facultad de excitar el goce. El arte ocupa entonces el lugar que la moral tiene en la concepción cristiana. Desde ese punto de vista, el conocimiento «amará ver la vida y la vida humana también, estimulada con mayor ardor, con mayor vanidad, con mayor amor de sí, con mayor frenesí, como un lector de novelas está ávido de intrigas y de aventuras; y se disgusta de esas prosas insipidas en las que no sucede nada. Que haya instintos tributarios de la alegría y del dolor físicos; de la alegría y del dolor morales; que la ilusión de la justicia y de los conceptos de la ideología venga á falsear, á fomentar, á embrollar y atizar el fuego de los instintos primitivos; y entonces el instinto del conocimiento se regocijará de ello, porque es bueno que el drama que contempla sea variado é intenso. El conocedor, rechaza «la justicia, la paz, la dulzura, la paternidad entre los hombres, y todo lo que contribuye á disminuir en la vida la intensidad del dolor, y á hacer á los hombres semejantes entre sí.» Ama especialmente á los malvados, porque en ellos encuentra «muchas cosas maravillosas;» en cuanto á él, «todo su esfuerzo se encaminará á hipertrofiar en él, las cualidades de espectador» y se prohibirá «todo apetito de moralidad en donde vaciar los deseos de su corazón, como también todo apetito pasional.» Así se elevará hasta la perfección estética; toda su energía se transportará al conocimiento, los artificios de la representación fenomenal pierden en él todo poder de ilusión; comprende que lo que vale para la vida, es lo *no-verdadero*, y «el conjunto de las actividades pasadas y futuras se fija en el inmediato presente, en la *pose* irracional y soberana de la obra de arte.» Esta obra de arte le entusiasma, quiere contemplarla siempre, quiere «la vida eternamente y tal como es,» eso es el *amor fati*, es la alegría, es el canto de embriaguez de Zarathoustra.

LUCIEN MOREAU.

Trad. de la *Revista Moderna*.

(Concluirá.)

(1) Lo mismo toda *especulación*. La geometría no habría nacido, si el deseo de repartirse la tierra no hubiera obligado á los hombres á medir la tierra.